

# CAZADOR

ENRIQUE PROCHAZKA

(De los *Cuadernos* de Daniel Smisek)

## 1

Pero yo tenía el Auto, y el Auto tenía el registro de su último viaje en la memoria, en el fragmento de sistema que la cosa amarilla ésta tendría por memoria, y entonces yo estaba en condiciones de repetir ese viaje, de hacerlo solo.

"Uno" -había dicho Sergio- "aparece como tirado de panza frente a una opción, y se desliza hacia adelante sobre un hielo abstracto... Hace frío, y hay como un burdel de circunstancias, y empieza la bajada, y a la izquierda aparece un sol rojo y diminuto: entonces la circunstancia se convierte en una condición, que es como una niebla rosada, luminosa, y uno se cae no dentro de ella, sino por sobre ella, resbalándose de bajada como sobre un colchón, como un amanecer al revés donde lo que amanece no es el día sino uno; entonces, la condición-niebla rosada obtiene rebordes celestes y el mundo es como la habitación de un infante cuando uno tiene los ojos legañosos y ve todo como untado de una luz borrosa. Finalmente niebla y luz se resumen en un tobogán, en una rampa blanquecina de lo que parece fibra de vidrio, y el Auto aterriza suavemente contra un tope enorme que parece un chupón y también una maceta. Entonces te bajas del Auto y te enteras de que estás en un lugar traslúcido que se llama ShaoLin. Nadie te lo dice, pero si estás allí es que lo sabes. Sales de esa nube rosada que parece y hace recordar el algodón de dulce, y que seguramente es dulce; y por una especie de portón categórico entras a una enorme cosa lenticular y aporcelanada, blanca, que debe tener varios centenares de metros de alto y algunos kilómetros de diámetro, y que se llama Alejandría. Cuando entras te parece más pequeña, porque tu tamaño allá afuera al parecer es distinto. Creces, creo. Sospecho que ShaoLin es un planeta que orbita ese solecito, pero nunca lo he preguntado".

Todo esto se cumplió al pie de la letra. En mi enojo, no registré estas sensaciones de modo muy íntimo, limitándome a repasar la grabación de Sergio de rato en rato para orientarme. Finalmente ingresé a Alejandría: como a él, nadie me esperaba y nadie salió a recibirme, a mí, al mítico fundador de esa ciudad imposible.

## 2

Era un salón grande y blanco, lleno de objetos blancos como en un hospital recién lavado. Había todo tipo de gentes con diversos tipos y grados de vestido. Había algunos niños, y ninguno de los sujetos que ví tendría más de cuarenta años. (Después supe que el mayor tenía treinta y nueve). Lo primero que hicieron -lo único que hicieron- fue preguntarme por Nika -No sé nada de ella -repliqué. No quiso venir y por eso estoy aquí solo.

Al principio les fue difícil crearme, pero todos tenían algún modelo de empato integrador -esas cajitas computantes que después me resultarían tan desagradables- y cotejaron mi respuesta. Después de ver sus caras puedo suponer que mi coartada (¿quizás era eso?) les pareció al menos verosímil. Si no suficientemente asombrosa.

Yo me sentía satisfactoriamente irritado, con esa eficaz dureza en la sangre que me hace subir las escaleras de tres en tres en perfecto silencio. Nada me sienta tan bien como una ligera cantidad de enojo: y ahora, aquí, tenía la dosis precisa. Además me moría de hambre y no tenía dónde dormir esa noche. Si es que dormía uno en Alejandría.

## 3

Al cabo de unas horas noté que me trataban de un modo especial. Es decir, que nadie me trataba en forma particular. Para ellos parecía ser perfectamente normal que yo anduviese allí metido, o al menos lo fingían bien. Parecían esperar, simplemente. Todos tenían algo que hacer y yo sabía por Sergio que tarde o temprano me encontrarían trabajo; entretanto, podría hacer lo que quisiera, acceder a la hospitalidad de cualquiera, vestirme o desvestirme según me diera la gana. Sergio no había tardado en desvestirse: yo no aceptaba con tanta facilidad licencias, fueran o no reales; yo prefiero un buen bluejean y tecnología suiza en mi bolsillo y en mi muñeca. Por eso supe que habían pasado tres horas sin que nadie me ofreciera compañía; y luego tres más sin que nadie preguntara si yo tenía hambre, si quería ir al baño, si quería, como Sergio, ver algunas de las noventa mil películas de la cinemateca de Alejandría. Nadie. La sangre se endureció en mis puños.

Entonces, en el salón más grande que encontré, me puse de pie encima de una mesa y dí un gran grito. Reaccionaron: no podían ser tan conchudos con su anarquismo. Nadie dijo cállate, ni bájate de allí. Los llamé en derredor de mí, y fueron congregándose despacio, como quien acude a una obligación menor

No había pasividad en su obediencia. De hecho, de inmediato ví que no era obediencia, era... rigor, rigor con su propia disposición anárquica. De pie en mi mesa me sentí de pronto sometido, y admirado ante estos sujetos que me subyugaban a ellos con su peculiar acatamiento.

-Baja de allí -dijo uno, finalmente, sin ordenar, apenas sugiriendo, ya que mi acto de convocatoria ya había cumplido su misión. "Baja de allí" equivalía con

exactitud a "está bien, te escuchamos", con el añadido de que estaban cuidando la mesa. Ni un segundo perdido. Alguna inteligencia estaba detrás, alguien había planeado este lugar asombroso con sus dentro y fuera, sus cosas orladas de realidad, sus adverbios, sus sombras debajo de las mesas. La que me servía de pedestal también la tenía, según comprobé al saltar de nuevo al piso.

#### 4

Reconocía algunas caras pero no sabía quienes eran: sólo que los había visto antes. Entonces ví una que, estaba seguro, no había visto antes, pero que desde luego conocía. Era Zhora, o a quien había llamado yo Zhora en un sueño hacía algunos años. Pelirroja, oscura, delgada y vestida toda de negro. -¡Necesito que alguien me enseñe este lugar! También requiero un empato-integrador. Si alguien hace lo primero lo suficientemente bien es posible que ya no necesite lo segundo.

Hubo murmullos; yo sabía que esa equivalencia les sería atractiva. Tal vez novedosa. Hubo sonrisas tímidas.

-¡Tú! -la acusé con un dedo al extremo de mi brazo- ¿tienes un empator?

-Sí -dijo Zhora tras un instante de duda. Muchos se volvieron a mirarla; otros empezaron a jugar con sus aparatos.

-¿Estás muy ocupada?

Ella miró a dos o tres personas que la rodeaban y que asintieron mudos. No parecía tener demasiada capacidad de decisiones autónomas, esta anarquista. Por otro lado su personalidad parecía insegura. No parecía Zhora en modo alguno.

-No, no muy ocupada. ¿Qué deseas?.

-Necesito que me muestres Alejandría, a ser posible todo ShaoLin, y que me enseñes a manejar un empator.

Su respuesta se apagó en la carcajada de todos. Yo sólo la ví ponerse muy pálida y suplicar con los ojos, dos olivas verdes que rápidamente enrojecieron.

#### 5

Sólo horas más tarde pude comprender la causa de esa carcajada; Zhora era probablemente la persona menos capaz de enseñar el manejo de un empator. Incluso creí que era un perfecto ejemplo el Teorema del Tipo Tesler: el individuo que refuta en lo ontológico aquello que demuestra en lo gnoseológico. Luego reflexioné acerca de de dónde sacaba yo el diagrama del tipo tesleriano que le aplicaba, y ví un pozo sin determinación alguna, o tal vez demasiado lleno de gusanos. Tenía allí un vacío que requería un juego de preguntas muy inteligente para ser esclarecido. Necesitaba operar un empator cuanto antes, y Zhora parecía tener más dudas cada vez, que resolvía interrogando a cualquiera que se cruzase con nosotros, y que por lo general se mostraba bastante dispuesto a ayudar.

Por otro lado ella era muy agradable. Usaba el cabello muy corto, era alta y delgada (más alta y más delgada de lo que yo hubiera creído a partir de mi sueño) y, por supuesto, tenía unos increíbles ojos verdes y unas manos muy bonitas y suaves, toda arcilla, toda cobre. Hasta los ojos eran sulfato.

-Disculpa, ¿cómo te llamas? -le pregunté al rato de pasear con ella bajo las miradas divertidas de los alejandrinos (?).

-Zhora -pronunció débilmente, y le pedí que lo repitiera. -¿Zhora qué?

-Eys. Zhora Eys. Es un apellido flamenco. ¿Y tú eres Holeknought, verdad?

-No. Soy Homero, pero me llaman Marco Flaminio, que es un apellido flamenco.

Sin sonreír, operó con el empator durante cinco segundos. Luego sentenció:

-Es el peor juego de palabras que he oído desde que llegué aquí, Holek.

-Ah, muy interesante. Te va mejor con esa máquina. Ya puedes analizar juegos de palabras. ¿Y hace cuánto que estás aquí?

-Ocho meses -replicó con dureza- pero ya había estado antes un año.

Había allí tema para muchas preguntas, pero nuevamente sentía un *placer vacui* inexplicable, obtenía enorme gusto en dejar grandes áreas para la confusión, y no le pregunté más de su historia allí. Preferí inferir, preferí seguir errando.

## 6

Al terminar el día (y ese día tuvo treinta horas, según comprobé con cuidado) tenía un empator a mi disposición para hacer ejercicios. También tenía un lugar donde dormir, y dos serios problemas. El primero era que el lugar era la cama de Zhora. El segundo, que ella estaba durmiendo con otro sujeto en la cama de él. Lo que más me irritaba es que había comprobado, al precio de algunas preguntas bobas, que en Alejandría no era necesario dormir y que muy pocos lo hacían. Y en la mayoría de los casos no se iban a la cama precisamente por tener sueño. Yo sí lo tenía, porque no había asimilado el *ritmo* de Alejandría (después supe que no había asimilado aún los electrolitos y disinápsicos que había diluídos en la niebla rosada que rodeaba la "ciudad" y que todos respiraban, evitando así el cansancio). Estaba rendido, pero pensaba con furia y abrazaba una almohadita ridícula donde debía estar una mujer, o, si no, o más bien, otra, una que correspondía allí y que se había quedado en San Isidro, la muy imbécil. Había atravesado El Universo, El Objeto y Su Concepto para pasar una noche insondable enredado entre sábanas cerca al Absoluto, pero a solas. Y el empator se resistía a trabajar para mí: acusaba a mis sinapsis de no estar en condición post-dseta. Qué mierda. A dormir.

Y esa noche se repitió durante noches, mordiendo la almohada mientras recordaba a Nika y recordaba cómo Zhora había sido Nika en mi vida (¿o más bien en mi otra vida?) y no lo sabía y ahora se me aparecía real, pero estúpida, y además de otro, o de otros: recordaba cómo con los días el

acercamiento físico entre Zhora y yo se fue haciendo más y más turbador. Yo me estaba obsesionando con ella, me comprometía, y cuando creyera que ella no desaparecería esa noche, súbitamente ella se descubriría teniendo algo que hacer, qué medir, qué llevar, por lo general con ciertos sujetos que empezaron a caerme muy mal. La frustración con ella se añadía entonces a la que me proporcionaba el empator, monstruito ridículo que se empeñaba en señalar mi deficiente condición mental y detalles como "la inoperatividad H-más" o "la subcaracterística epsilon". A la quinta noche, el empator no quiso encenderse siquiera, y me soltó un pitido que yo había aprendido a identificar como: "silencio, genio pensando". Entonces lo levanté con cuidado y lo estrellé contra el piso, varias veces, y debo haber gritado su nombre, porque ella vino.

Ese acto salvaje me distinguía de los alejandrinos, que eran sólo anarquistas; empecé entender qué tan importante habría de ser para ellos y para mí esta diferencia.

-Has roto mi empator-integrador -acusó, al entrar a su habitación como una alta muñeca de seda negra. Estaba bellísima.

-No, estas cosas no se rompen. Tal vez ha decidido callarse -gruñí.

-Lo has roto. No lo habías preparado para resistir golpes.

-¿Qué?

.-La condición antishock no es una propiedad material de los componentes de la estructura del empator. Es una añadido sistémico. En otras palabras, la caja es bastante fuerte, pero el estar operando es lo que hace que el aparato sea indestructible. Al parecer, en la caja confluyen los sistemas A subpsi y.

-¿Y por qué diablos no me explicaste esto antes?

-No me lo habías preguntado.

A ella misma debió parecerle ridícula esa respuesta prefabricada, porque escondió la cara cuando yo le espeté, muy en serio:

-No seas ridícula, ¿quieres?

Apareció un sujeto tras ella: uno de *esos* sujetos, Cyril. Le dio un empator más pequeño, un simple cubo de color rojo; me miró con indiferencia y se fue.

-Este aparato es diferente. Sus condiciones impiden la violencia.

-Es igual: si no quiere encenderse o se encabrita, lo quemaré.

-No te equivoques. Cyril no me ha entregado este empator para ti. Me lo ha dado para que te controle, y si es necesario te eche de mi cuarto, o de Alejandría.

-*Eso* es una estupidez. No pueden aducir que tengo muy buenas razones para ponerme violento.

-La violencia es el último recurso de los incapaces.

-¡Soy un incapaz y he agotado mis recursos! Hace casi una semana que paseo contigo, almuerzo contigo, aprendo contigo: y tienes el descaro de añadir a esta dependencia un... cierto calorcito que es obviamente voluntario. Y luego, nada. Muchas agarraditas de mano, abrazitos, besitos en la nuca...

-¿De qué estás hablando? -chilló.  
-¿Qué es Cyril para ti?  
-¿Y eso a ti qué te importa?  
-Me importa, como me importa saber cuánto va a costar la reparación de este aparatejo del cuerno.  
-La reparación no cuesta nada.  
-Eso es absurdo: alguien tiene que hacerlo...  
-Nadie lo hace. Olvídalo.  
-Pero un empator debe ser sumamente caro...  
-Su valor es computable en cero. Te digo que lo olvides.  
-No puedo creer eso. Dicho sea de paso, ¿quién fabrica los empato integradores, las sillas, las mesas...  
-¿Las camas? -había agresión en la voz, pero ella miraba al piso.  
-Las camas, sí. -Dejó un silencio dramático, como para añadir algo, pero desperdiicé la oportunidad.  
-No lo sé.  
-¡No lo sabes! No sabes prácticamente nada. ¡Cuando convoqué a todo el mundo en el salón lenticular no pude haber elegido peor guía! No pude...  
-No pudiste, es cierto -murmuró.  
-Y luego, rompo un empator irrompible, simplemente porque no se te ocurrió informarme de una condición básica del aparato, y luego ¿es mi culpa?  
-No lo sabía.  
-No lo dudo, pero me dijiste que era porque yo no te lo había preguntado.  
-También es cierto. Ahora lo sé porque lo acabo de aprender.  
-¿Has tenido un empator ocho meses (y antes un año) y no sabías eso? -chillé- ¡No te creo!

## 7

A lo largo de los últimos días Zhora había ido cobrando un aplomo que evidentemente no tenía cuando la solicité como guía. Me explicaba las cosas con más seguridad; el último día no había hecho ninguna pregunta a terceros, ni había recurrido a nadie para orientarnos, aún cuando fui exigente en mis propias preguntas. No sospeché la razón de este cambio; pero esto sólo revela hasta qué punto estaba yo ocupado de mi asunto con Nika y cuán poco me preocupaba Alejandría y los alejandrinos. Ahora, este aplomo que recién se me antojaba artificial se derrumbó delante de mí, y Zhora volvió a ser una pelirrojita indefensa y se echó a llorar mientras balbuceaba.

-¡Yo no sabía nada de este lugar, qué culpa tenía yo de que me eligieras y de que te metieras en mi vida! Apenas si sabía manejar un empator y me acababan de regalar el mío, que ahora está roto, allí...

-p.. perdón.. -barboté. De pronto estaba dentro de una *soap opera*. Resolví -o no pude evitar- cumplir mi papel.

-Y he estado tomando clases de Empatía, y hasta de Sistemía, que yo era la más bruta y tenías que elegirme a mí, y nadie podía contradecirte, tira de idiotas... Y ya casi había entendido A subpsi y esa idiotez... Y, ya que te importa, Cyril es mi profesor de empatía. Nada más.

-¿Y por qué no podían contradecirme? -logré insertar mientras le acariciaba su cabecita de cepillo.

-*Por ella*, pues animal, *por Nika*, porque Nika no estaba para decirles "No le hagan caso, es un egoísta de porquería".

## 8

Aquella noche saqué unas cuantas cosas en claro, tras muchas lágrimas, diálogos y besos furiosos. En orden. Primero: en Alejandría se esperaba mi llegada con Nika para hacer una Revisión del Concepto, o RC. Qué sería eso, yo lo ignoraba. Solo podía intuirlo sabiendo, como creía saber, que la Sistemía era la superación dialéctica y a la vez la expresión final de la Fenomenología del Espíritu tal como la había expuesto Hegel (y eso qué, si me permiten). Segundo: al volver yo sin Nika, los arbitrarios alejandrinos habían asumido su muerte o condición de inoperatividad, lo que los alarmó bastante pero no tanto como el hecho de que yo, que heredaba la misión de ella, no parecía saber nada en absoluto de la misma. Tercero (y aquí empezaron los besos): Zhora tenía una relación peculiar e indefinible con o contra Nika, algo que oscilaba entre la esclavitud o el lesbianismo; en fin, otro pozo de gusanos donde no quise ahondar, aunque me excitaba considerablemente (aquí empezaron los besos furiosos). Cuarto: Zhora era en gran parte ignorante de la Condición que rodeaba Alejandría y en general a ShaoLin; en efecto, yo no podría haber elegido peor guía; en efecto, era el ejemplo perfecto del Tipo de Tesler, como el empator rojito no tardó en determinar. Lo que no determinó es por qué hice yo una elección tan mala, teniendo en cuenta además su asunto con Nikalina. Quinto (y aquí terminó todo) Cyril era bastante más que su profesor de Empatía. O más bien, podía decirse que cumplía con tal celo su profesorado que aquello era más bien pederastia. Me largué.

## 9

Volví a verla dos o tres veces. Le habían vedado el uso del empator central; no sé si a causa de sus revelaciones o por alguna otra razón. Disponía aún del aparato rojo, y se había puesto a averiguar por qué yo la había elegido. La cuestión parecía central, debido a que revelaba un cierto carácter necesario en mis actos (en mis errores) que eventualmente me acercaría al misterio aquel de la Revisión del Concepto. Acepté su ayuda por allí, pero emocionalmente decidí alejarme de ella. Tuvo un rasgo brillante: a falta del empator central, cierta noche pidió prestadas diecisiete unidades pequeñas y las reunió en su dormitorio. Yo ya no dormía; fui a verla, a regañadientes. Algo en el minucioso desorden-ordenado del espectáculo de diecisiete empato-integradores funcionando juntos me hizo recordar a una relojería. Nada como una cohorte de empatores para mostrar el principio Gestalt: la potencia de la configuración de grupo era enormemente superior a la de cada unidad funcionando por su cuenta. Zhora aún dudaba con los comandos y más aún con las preguntas. Junto a mí, trataba de parecer indiferente, pero era evidente que nos perturbábamos mutuamente, que había una relación de amor-odio que volvía todo áspero e incómodo. Soporté aquello mientras

estuvimos solos. Luego llegó Cyril, contra cualquier expectativa o criterio razonable (yo sospechaba que reunir empatores chicos, en especial cuando a uno le han prohibido el acceso al grande, comportaba algún tipo de trasgresión). Se sentó al lado de ella, haciéndole mimos y cariños. Yo había acudido con el fin de hacer una pregunta, una que me preocupaba especialmente. Decidí lograr el "postZeta" cuanto antes, operar el circuito e irme. O quizá hubiera un modo más fácil de obtener mi respuesta.

-Cyril, ¿dónde se fabrican estos aparatos? ¿Dónde, o cuándo, o quién hizo las sillas, la vajilla, las mesas (las camas, pensé inevitablemente)? ¿Dónde queda la Sección Mantenimiento de Alejandría? ¿Acaso se llama a Central Services?

-¿Quieres que le pregunte eso al circuito?

-Si te hace falta -lo pinché. Cyril caería. No era más que un nazi-punk positivista.

-No, no es necesario. Pero Zhora puede hacerlo como ejercicio.

-Preferiría que tú me lo dijeras lo que obviamente sabes, de una vez. -Zhora empezó a rezongar.

-Bueno. La parte superior del lenticulo de Alejandría es puro robot. De hecho, existe la hipótesis de que la sección robótica constituye un integrador que explica la sección humana de Alejandría.

No era demasiado satisfactorio, y además a mí esos dualismos idiotas siempre me parecen de origen sexual. Insistí:

-Entonces, ¿todo se hace allí?

-Bueno, casi todo. Algunas cosas aún las hacemos nosotros.

-¿"Aún"?

-Me estás preguntando por los orígenes -inquirió, pero era una resignada afirmación.

-Veo que Alejandría mantiene indómita la tradición de reclutar sólo a genios.

Cyril suspiró. Estaba forzando su paciencia; en verdad yo quería pegarle y no sabía cómo empezar una buena pelea.

-*Suponemos* -dijo, y supe que textualmente- *que el inicio de Alejandría sobre la Condición ShaoLin es un producto humano, y que la maquinaria se ha incorporado poco a poco, en el tiempo o con él.*

-¿Condición ShaoLin? ¿No es ShaoLin un planeta?

-No, no lo es. Así como Alejandría no es lenticular.

-¿Entonces?

-Entonces, no sabemos qué forma tiene. Tú has ingresado por la Zkaba Rossa, donde aparecen la puerta rosada, el tobogán, todo eso. Desde allí también se ve lenticular, creo.

-¿Crees?

-No conozco ese acceso. Yo uso la Zkaba Gules, una Condición Azul. Desde allí es claramente un lenticulo.

Otro pozo de gusanos del que no quería saber nada. Estaba harto de Condiciones Huachafas; quería irme, y parecía evidente que Zhora y Cyril también querían que yo me fuera.

-Zhorilla -le pedí- averigua aquello del Tipo Tesler, por favor.

-Claro. Un beso.

-Adiós. (Y trágate tu beso). En el umbral me detuve.

-Cyril, ¿acaso está prohibido subir a ver la maquinaria?

-No, por supuesto. Sólo que nadie sube, porque no hay necesidad.

-Gracias. -La sangre se me estaba poniendo ya demasiado espesa. Y hubiera dado un portazo, pero la puerta era otra Condición.

## 10

En Shaolin no hay cosas, sólo aspectos de ellas, decía el Informe Guarisco. Pensé entonces que Informe era un adjetivo que calificaba a Guarisco, tan trascendentales eran las tonterías que allí se habían dicho. A falta de cosas, precisaba la grabación, había Circunstancias, Opciones, Condiciones Azules y Variantes Equívocas y Consistencias Vacías y bestias de ese orden. Harto, yo quería materia, aserrín, un serrucho. El positivismo de los alejandrinos era tan efectivo que había logrado superar la realidad, alejarlos de ella al apartar todos sus aspectos no cuantificables; o quizás yo sólo estaba deseando una cosa idiota, pero tenía una cuchilla suiza en mi bolsillo, no una Condición Filo; y quería afilarla aún más... Tenía sangre dura en los puños, no Aspecto Hematíe; quería subir una escalera de cuatro en cuatro, quería buscar una piedra de afilar. En algún lugar del ático (¿de la Condición Altillo?) de este local demente debía haber una lima, cuero, clavos. No necesitaba a los alejandrinos punks para sobrevivir en Alejandría; no quería acabar siendo uno de ellos, yo iba a ser más bien el salvaje que vive en la azotea. No recuerdo con claridad las etapas de mi ascensión; sé que subí, confuso, convertido en Dilema Destructivo o en Necesidad Operativa, ya no lo sé, ya no me importa.

## 11

Con nadie hablé durante más de diez días. Me instalé allí: allí descansaba, mirando y aprendiendo el funcionamiento -el verdadero funcionamiento- de Alejandría. Allí dormía cuando sentía necesidad de dormir, allí comía cuando aprendí a indicar de modo correcto que necesitaba comer. Y allí trabajaba, lo que pronto se convirtió en un placer. Afilé mi cuchilla.

"La parte superior del lenticulo de Alejandría es puro robot" había dicho Cyril. Yo me imaginé primero ejércitos de sujetos maniquiformes llevando y trayendo empatores, sistores y disinapsígrafos a lo largo de fordianas líneas de montaje. Luego me dije que aquella era una perspectiva ridícula: repetir las formas industriales humanas, el llevar y traer, pero sobre todo el unir y montar, sería un error.

Lo que observé finalmente parecía confirmar esta conclusión. No ví líneas de montaje y mucho menos robots humanoides. Las pocas salas despejadas de

mi nueva vivienda parecían no haber tenido visitantes humanos desde hacía mucho.

Durante un par de días esperé ver robots-aspiradoras y robots-ingenieros rodando paralelepípedicos de aquí para allá (o unidos en una especie de trencitos, porque por todas partes encontraba lo que parecían rieles, hasta trepando por las paredes.) Pero tampoco los hubo. Entonces procuré imaginar procesos productivos o de mantenimiento más extraños todavía. Imaginé una dulce camada de empatores creciendo silenciosamente en una sala bien iluminada; busqué mucho esta habitación, tras decidir que en efecto, si a estos aparatos nada ni nadie los construía, sería por tanto cierto que se cogeneraban o reproducían. Es cierto que no hallé ninguna evidencia de esto, aunque sí comprobé que las mesas y sillas del piso bajo no estaban armadas a partir de materiales y elementos de unión diversos, sino que constituían una monocosa de variable textura, rigidez y dureza, no pude extender esta convicción a los objetos que por su aspecto consideré más complejos, o más activos.

Al tercer día de explorar di con un lugar insólito. Ya he dicho que, en general, no parecía haber habido visitas humanas en un largo tiempo; pero, más que eso, la azotea de Alejandría no parecía haber sido diseñada (quizá me equivoco al emplear esta palabra, dando idea de un finalismo que nunca hallé) -mejor: no servía para albergar humanos, ni para facilitarles las cosas a paseantes u obreros humanos. No había propiamente pasillos. Los que yo usaba como tales estaban inclinados, cortados, llenos de fosos; no había barandas, lugares donde sentarse, ni puertas, ni, desde luego, asas ni manijas. Recorriendo este absurdo local que no suponía al hombre pero que con su acción lo mantenía vivo, llegué a un recoveco que sólo puedo llamar cuartucho, una especie de pequeña bahía triangular al lado de un largo "salón" lleno de raíles longitudinales interrumpidos que no podían servir para trasladar nada. En el cuartucho aquel, contemplé incrédulo, había un camastro, un taburete, un tablero de dibujo, una mesa de trabajo con herramientas, un gran cajón con materiales -aluminio, acero, madera, alambres diversos- otro con clavos, remaches, tornillos y grampas, y latas llenas de lo que sería pintura seca desde hacía siglos. Tuve la violenta impresión de que estaba usurpando el territorio de alguien. Luego vi que nada parecía haber sido tocado desde tiempos que no puedo registrar. Todo estaba en orden, como si su dueño se hubiera ido tranquilamente, tras darse tiempo para acomodar y disponer sus cosas en orden, ya que no podría llevárselas. Quiquiera que hubiera sido no volvería, pensé mientras tomaba una lima cuadrada en mis manos asombrosas. Una lima que no hubiera llamado la atención en ningún taller de mecánica del mundo, una lima real en la imaginaria parte alta de una ciudad que no era una ciudad en un planeta que no era un planeta que orbitaba un sol que no era un sol. Me senté en el taburete (que sí era un taburete) pensando en el origen y la identidad del evidente autor de este lugar, un positivista entre positivistas, un ingeniero

cuya existencia era una poesía en un mundo que había hecho de cualquier arte una técnica. A través de los siglos, sin saber quién había sido, lo comprendí y admiré. Entonces, sentado allí, vi algo que no podría haber visto de haber estado de pie. Bajo una repisa que alojaba útiles de dibujo, pegada a la pared, había una fotografía. Me abalancé sobre ella: la instantánea estaba algo velada por el tiempo, y debía haber sido ya vieja cuando el Ingeniero la colocó allí. Se trataba de un grupo de personas reunidas al parecer improvisadamente durante la construcción de algo grande que se veía asomando por detrás. Sonrientes, sucios, jóvenes, imposibles, dieciséis taborianos parecían confirmar desde una imagen milenaria la hipótesis de Cyril sobre el origen de Alejandría. Mucho más tarde pude descubrir qué tan equivocado estaba . Y entonces mi error fue mayor aún.

## 12

Volví una sola vez a la sección inferior de Alejandría, simplemente por el hecho de hacerlo. Quizá tenía un deseo velado de ver a Zhora, o de saber algo de Sergio, que había prometido volver. En el fondo, creo, quería saber algo de Nika... si es que ella todavía existía, o lo que quiera que eso significase desde este lugar.

Hallé a los alejandrinos no sólo preocupados sino incluso al borde del miedo: al parecer, por una condición esencial de la *existencia misma* de los empatores éstos no podían ser utilizados para la Revisión del Concepto, que era inminente. Les pregunté a algunos de los más apurados por qué no postergaban la Revisión.

-La Revisión no se planea, hombre; viene, como viene el minuto siguiente. Aparece en la necesidad del proceso y es el instrumento de su cohesión y, por lo tanto, del Ser.

No parecían las instrucciones para el asfaltado de la ciudad. Si se trataba de un proceso tecnológico, estaba más allá de mi comprensión; si era algo metafísico, hablaban de ello con una seguridad tal que parecían haberla reducido el efecto a mera técnica, y yo no entendía entonces de qué se preocupaban. Pero se veían asustados, y aunque no lograban contagiarme su miedo me puse aprehensivo. Al fin y al cabo creía haber entendido que en los planes originales Nika y yo debimos haber estado a cargo de la Revisión , aunque yo ignorara por completo aquello, en qué consistía, para qué venía a cuento y qué había que hacer para conseguirla. Los alejandrinos no tardaron en demostrar -Cyril y Zhora primero que los demás- que mi ignorancia no sólo era problemática sino molesta, con sospechas de ser falsa... Ví a Zhora de lejos, en el comedor; apenas si me saludó. A mi mesa, más bien, se acercó un hombre mayor, delgado y de ojos nerviosos. Me recordaba a varios personajes cinematográficos. Más tarde descubrí que todos confluían en Anthony Perkins o en John Hurt.

-¿Puedo sentarme?

-Por supuesto -dudé antes de tutearlo- siéntate.

-Gracias. No parecen tratarte muy bien aquí.

No era un asunto que le importase, pensé, pero no lo interrumpí para mejor oír el tono de lo que vendría a continuación. –Quiero decir –prosiguió- que parece haber una barrera de desinformación construida alrededor de ti.

Eso estaba mejor. Sonreí, y asentí satisfecho. –¿Cómo te llamas?

-Erich. El resto no importa, no hay otro Erich por aquí.

-Mucho gusto. Yo podría ser Holek: no hay otro Holek en ninguna parte.

Dio un largo suspiro y ofreció una sonrisa dubitativa. Mi afirmación parecía tocar hebras muy importantes de la nacionalidad alejandrina... Luego prosiguió:

-¿Es cierto que te han subinformado?

-No. Simplemente he tenido que arrancarles algunos datos. Les dolió más que si fuera su propia piel.

-¿La chica que elegiste?

-No, Zhora no sabe nada. Más bien los que la manejan, Cyril y los demás.

-¡Ah, ellos! ¡Los niños transpositivistas!

-No sé qué significa eso –tenté, aguzando mi intuición (allí había, al parecer, una valiosa pieza de información) y sorbiendo mi té para ocultar mi ignorancia acerca de qué cara poner.

-Yo tampoco, pero así los llaman. Bueno –añadió tras mi mirada irónica- parece que en una institución anarquista no puede ni debe haber líderes ¿no es así?

-No puede haber una autoridad en la anarquía, pero no puede haber una institución anarquista –repliqué. –No sé qué es Alejandría, pero aquí hay un orden, que Cyril sólo sospecha... un orden que no es horizontal, en el que habría líderes entre ustedes, sino una interacción jerárquica vertical entre ustedes y su buhardilla. Esta interacción es dialéctica y su desarrollo es configuracional –terminé.

-Hablas como ellos -dijo Erich entrecerrando nerviosamente los ojos. Tal vez me había equivocado cuando dije que Alejandría sólo reclutaba genios.

-Yo no inventé la dialéctica. Ni Heráclito, ni Aristóteles ni Hegel ni Marx ni Cyril. Simplemente reconocemos un movimiento natural, real.

-Óyeme: tú tienes que haber visto Alejandría desde fuera. Se supone que todos lo hemos hecho... ¿Por dónde entraste?

-Por la Zkababa Rossi -traté de recordar.

-Zkaba Rossa. ¡Un trayecto descendente! En fin. ¿Y empleas la palabra *real* para referirte a algo en Alejandría? No seas ridículo. Aquí nada es "real". Tú estás dormido, o muerto, o aún no has nacido, o algo quizá peor. Ninguno de los habitantes de Alejandría existe realmente en ella. Simplemente cosomos.

-Que es una manera extendida de decir cosomos -bromeé.

-Condición cosomos -aclaró Erich muy seriamente. -En fin. No importa. El caso es que los niños transpositivistas quieren apoderarse de este lugar.

-De esta condición -corregí.

-Como quieras, aunque lo correcto es "lugar configuracional".

-¿Ves? Esa terminología es dialéctica.

-No. Es sistémica. La dialéctica es una configuración de la sistemía. En *Imago Mundi* se explica que sólo la sistemía...

-Basta, otra vez ese libraco. Por allí no vamos a ninguna parte. ¿Vas a solucionar mi crisis informativa o...?

-No puedo –cortó con una sonrisa. Algunas de sus intervenciones eran idiotas.

-... ¿Entonces?

-No me malinterpretes. Puedo darte algunos datos, cosas de ese tipo. Pero desconozco lo esencial, lo verdaderamente importante. De eso no sé nada, pero tú puedes averiguarlo... con mi ayuda, claro.

-Con tu ayuda, claro. Pero los pocos datos que necesito los puedo conseguir por mi cuenta. ¿Qué otras "cosas de ese tipo" me ofreces... Erich? E, incidentalmente, ¿qué es lo esencial, lo importante, que ignoras tan bien? ¿Cómo sabes qué es, si lo ignoras?, y –sobre todo- ¿qué pretendes ganar al ayudarme?

Hizo una mueca como si quisiera apartar un sabor horrible. –Me haces perder el tiempo, Holek. Haces demasiadas preguntas.

-Precisamente: esa parece ser mi misión en este manicomio de ustedes. – Sentí que al decir esto estaba echando por la borda mi única fuente decente de información.

-Cuando te ofrezco ayuda no te la ofrezco sólo a ti. En realidad, deberías saber que tu felicidad personal, o siquiera tú mera persistencia individual, me es por completo indiferente. Por cierto, hasta puedes ser un estorbo para Alejandría, o por lo menos para el hemisferio superior.

Ah, él no debió haber dicho eso. No del sitio donde yo había cosomado. Apunté bajo y dí la batalla final.

-Sin embargo, cada individuo de esta comunidad –del lentículo inferior, para ser precisos- está mortalmente aterrado por la Revisión del Concepto, y ninguno hace otra cosa que esperar a que yo los salve. Parezco ser indispensable para dicho evento; de hecho, por el modo como me pintaron las cosas desde el principio, creo que seré el alma de la fiesta. Así que no vengas con aquello de que estorbo a tu querido manicomio, o lenocinio, como prefieras.

Pero Erich se sabía todavía algo como para sacarme de quicio.

-Pensé que tu manera de pensar sería mejor que la de los transpositivistas, pero me he equivocado contigo. –Hizo el ademán de ponerse de pie, y soltó su bomba: –Es una lástima que ella no esté para frenarlos, o para explicarte lo que deberías hacer tú para frenarlos. Pero decidió quedarse allá. Lo sospeché cuando se iba. De modo que ya sabemos que no sólo a los transpositivistas les aterra el Cambio Estático-. Y añadió, mientras se iba: - Ella también era una cobarde, ¿no es así, Holek?

Mordiendo con vigor el borde de la maldita Característica Recipiente, anoté a Erich en el primer lugar de mi lista de sujetos a torturar.

#### 14

Así que la función de talismán, decidí, también podía ser penetrada y corregida de esa manera. Mi método era simple: desarmar el maldito aparato hasta su despiece total, aún más allá del nivel de la monocosa; limpiarlo, aceitarlo bien (o cumplir las operaciones análogas que el bicho aceptara) y rearmarlo, aunque fuera con pegamento, aunque me tomara días hacerlo. Ordené el tablero donde trabajaría, puse cada herramienta en su lugar, limpié con una brochita milenaria todas las superficies y agregué una buena luz. Al anochecer de ese día, puse el empato-integrador roto sobre el tablero y lo exploré en detalle.

Describo a continuación el aparato con cierto detenimiento porque, para comprender mi informe en lo sucesivo, es imprescindible conocer los detalles de mi viaje por las entrañas de esa irrompible caja negra que yo, imposiblemente, había roto. Algo más: si se tratara de cualquier otro objeto, simplemente enunciaría su forma general y dimensiones sin duda alguna. El hecho de que se tratase "en verdad" -me repugna toda esa terminología- de un *supuesto mecánico*, como Erich lo llamó, me inhibe de no hacer esta salvedad: aquello era indescriptible. Intentaré describirlo, sin embargo, como si fuera cualquier otra cosa vil, como la muy estrecha Olivetti que engañosamente parecía imitar.

Su forma básica es la de un prisma proyectado a partir de una figura de cinco lados. Esta figura es la forma de las tapas de ese prisma, que son los lados del empator y a los que ahora llamaré "derecho" e "izquierdo". Corresponden a rectángulos de aproximadamente diez por veinte centímetros, a cada cual uno de sus vértices le ha sido cortado dejando por tanto un bisel o chaflán de 45° y así un pentágono irregular. El lado más largo, correspondiente al rectángulo original, es la "base". El lado corto conservado del mismo rectángulo es el "fondo" que se eleva, claro, a 90° de la base. Llamaré "tapa" a la cara paralela a la base. Desde el fondo hasta el chaflán, la tapa tendrá unos quince centímetros; el chaflán unos siete, y luego un corto tramo, paralelo al fondo, que denominaré "pantalla".

Acabo de releer mi descripción y suena amenazante. Falla porque no señala que se trataba, tan solo, de una idiota caja negra, de aspecto plástico y barato, y que recordaba a un viejo teléfono o a aquella Olivetti. Usaré, sin embargo, lo avanzado hasta aquí.

La base era una sola superficie lisa aunque no carente de marcas. Había líneas que fluían en tramos cortos y a saltos, en ángulo recto, pero no parecían aconsejar un despiece racional. Por cierto no parecían el receptáculo de las baterías. El aparato, en cualquier caso, estaba diseñado para ser

puesto sobre una mesa, de modo que la base resultaba inoperante para el usuario. Claro que también podía colgarse de la pared o al cinto, de modo que la pantalla quedase hacia arriba y la base contra la pared o la pierna, según fuera el caso.

El fondo era más prometedor. Tenía cierta cantidad de agujeros rectangulares y de poca hondura, así como botones ocultos en recesos que no parecían ser de uso frecuente. Pude estar seguro de que Zhora, por ejemplo, ignoraba sus funciones, o de que Cyril nunca había necesitado pulsarlos. Además, descubrí algo capital, que al inicio me alentó, pero que pronto, debido a sus implicaciones (contradictorias con todo lo que conocía de Alejandría) me inspiró temor. O quizás el término "temor" no sea exacto: desazón intelectual, repulsión, desconcierto, angustia física, podrían sustituirlo: en el fondo de un huequito circular, muy adentro, había un tornillo. Su redonda cabecita cromada, con una gruesa cruz en el centro, me miraba con sorna desde la entraña del positivismo.

Toda su inepta argumentación no mostraba sino sofistería y no dejaba duda alguna acerca de su lunatismo intelectual. El no-método. El Caprichismo epistemológico. La Ciencia y la Nociencia bailando una epistemelodía recurrente en torno a un canon cíclico, girando siempre según las líneas de dos espirales cónicas entrecruzadas.

...

Y en ese caos orbital del Universo, un tornillito pegado perturba la resolución del Gran Enigma. Un tornillito que no gira, que no corresponde a la Pauta y que por lo tanto nos lleva a mí, a Erich, a Nika, al cosmos todo a la mismísima mierda. Todo porque la espiral ciclo-lunática que este imbécil propone gira hacia derecha. Y el tornillo... la Pauta, no: gira... ¡La Pauta! ¡¡LA PUTA PAUTA!! ¡¡HACIA LA DERECHA!! ¡¡¡PORQUE EL TORNILLO ES DE ROSCA IZQUIERDA!!! ¡¡¡ROSCA IZQUIERDA!!!

Con la mano abrumada por el mayor de los temblores, introduje la punta del destornillador en el agujero.

**FIN**